§. V.

Visita la santísima Vírgen á Sta. Isabel.

Habiendo sabido la santísima Vírgen del ángel mismo la gracia singular que el Señor habia hecho á su prima Sta. Isabel, resolvió ir á verla para regocijarse con ella, y para obedecer á la inspiracion divina que la conducia á hacer aquella visita, no ya por una pura atencion, cuanto por un motivo de caridad: visita que debia ser tan ventajosa al Precursor segun los designios de la divina Providencia. Partió inmediatamente, y fué por las montañas de Judea á la ciudad de Hebron, en donde moraba Isabel: su presencia obró maravillas en favor de la madre y del hijo; el niño de seis meses que Isabel llevaba en su seno fué ilustrado con una luz sobrenatural que le dió á conocer á aquel y á aquella que le visitaban, y en la hora quedó santificado; el estremecimiento sobrenatural que tuvo fué la señal de su alegría y de su respeto. Advirtiólo la madre, y llena al mismo tiempo ella misma del Espíritu Santo, conoció el misterio inefable de la Encarnacion, y todas las maravillas que Dios habia obrado en aquella que la honraba con su visita. Trasportada tambien de admiracion y de alegría, apenas hubo oido la voz de María, esclamó en un santo enajenamiento: *Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tus entrañas.* (*Luc.* 1.) *¿Y de donde á mí esta dicha, que me visite la Madre de mi Señor? porque en el momento que he oido tu voz cuando me has saludado, el hijo que yo llevo ha saltado de gozo en mis entrañas. ¡Oh, qué dichosa eres por haber creido en el Señor! porque todo lo que te se ha dicho de su parte, no dejará de cumplirse en tí.*

Estas alabanzas tan bien merecidas, no engrieron el corazon de la mas humilde de las vírgenes; ella no pudo disimular las gracias estraordinarias que Dios la habia hecho, pero supo referir á él toda la gloria, reconociendo su indignidad: «Mi alma, esclamó llena de un santo entusiasmo, mi alma celebra las grandezas del Señor, que ha obrado en mí tan grandes cosas; sea solo á él toda la gloria; yo no puedo pensar en ello, sin que mi corazon dé saltos de alegría, acordándome de tan insigne beneficio; Dios se ha dignado fijar sus ojos en la bajeza de su mas pequeña sierva, y por esto va á dar ocasion á todos los pueblos, para que admiren y exalten mi dicha en todos los siglos venideros De este modo se complace Dios, por decirlo así, en humillar á los grandes del mundo y reducirlos á la última miseria, mientras que colma de bienes y de gloria á lo mas pobre y mas abyecto: yo seré un ejemplo ilustre de esta verdad en todos los siglos, igualmente que de la verdad de las promesas que habia hecho á Abraham nuestro padre, y á toda su posteridad.» Permaneció la santísima Vírgen cerca de tres meses con su prima, y despues de haber santificado toda la casa de Zacarías con su presencia y su santa conversacion, partió para volverse á Nazareth, cuando ya se acercaba el tiempo en que debia parir Isabel.

Nadie ignora las maravillas que acaecieron en el nacimiento del santo Precursor, el gozo y la admiracion fueron generales, y unos a otros se decian: *¿Quién pensais que será este niño?* Pero lo que ellos no sabian le fué revelado á Zacarías, el cual, lleno del Espíritu Santo, conoció el misterio de la Encarnacion, y la parte que debia tener su hijo en este misterio; así que, habiendo recobrado la palabra el dia mismo en que fué circuncidado el santo Precursor, el primer uso que hizo de ella fué publicar en alta voz un cántico de admiracion, de alabanza y de accion de gracias, en el cual anunciando el ministerio de su hijo, anunciaba tambien el nacimiento próximo del Mesías; de esta manera se cumplió á la letra lo que los profetas Isaías y Malaquías habian vaticinado en órden al Precursor, y es evidente que en Juan Bautista se halla tambien uno de los caracteres mas marcados del Precursor del Mesías.

Mientras que el ruido de las maravillas que habian sucedido en el nacimiento de S. Juan se estendia por todo el país de las montañas de Judea, la santísima Vírgen que habia vuelto á Nazareth, meditaba en silencio dia y noche el misterio sagrado que Dios habia obrado en ella: su humildad no la habia permitido declarar á S. José lo que el Espíritu Santo tenia aun oculto á este casto esposo, cuando él advirtió la preñez de su castísima esposa. Quiso Dios, al parecer, que ignorase S. José hasta entonces lo que pasaba en la santísima Vírgen, á fin de que al saberlo fuese su sorpresa una prueba visible de la milagrosa concepcion del hijo, y de la incomparable virginidad de la madre. La estrañeza de S. José fué tanto mayor, cuanto que conociendo mejor que nadie la alta santidad de la santísima Vírgen, y no ignorando el voto que habia hecho de perpetua virginidad, se abstenia hasta de sospechar en ella adulterio, inclinándose mas bien, dice S. Bernardo, á creer que fuese tal vez aquella vírgen afortunada de la que hablaba Isaías, que debia parir al Mesías; creyólo así, dice el santo Doctor (S. Bern. Hom. 2. sup. *Missus*

est.), y por un sentimiento de humildad y de respeto, semejante al que hizo despues decir á S. Pedro: «Apartaos, Señor, de mí, porque soy un pecador,» pensó alejarse de la santísima Vírgen: no sostengo yo esto como cosa mia, añade el santo Abad, es este el sentimiento de los santos Padres.

Sin embargo el casto esposo no sabia que determinar; despedirla era difamarla, y él no se creia tan santo que pudiese quedarse con ella. En esta perplejidad, se le apareció un ángel, y le dijo: «José, acuérdate que eres de la casa de David, de la cual debe nacer el Mesías prometido, y no creas que carezca de designio el haberte dado el Señor por esposa á María, que es de la misma estirpe real que tú: sabe, pues, que el hijo de que está preñada, y que ha concebido milagrosamente por la virtud del Espíritu Santo, es el Salvador del mundo, el Hijo único del Padre Eterno, el Mesías prometido; y Dios te ha elegido para que seas durante su infancia el tutor, el nutricio, y en este sentido su padre; no temas, pues, el permanecer con María tu esposa, tú eres el custodio de su honor y de su virginidad: si ella no hubiese tenido esposo, no hubiese podido ser madre sin desacreditarse. Darás á este hijo el nombre de Jesus, para dar á conocer á los hombres que él es el que debe salvarlos, y que viene para ofrecerse en sacrificio por la espiacion de los pecados de todos los hombres.»

Instruido S. José de este gran misterio, y de la dignidad del empleo á que el cielo le destinaba, no miró ya á la santísima Vírgen mas que como la madre del Redentor; su ternura para con ella se aumentó con su veneracion, y la eleccion que Dios habia hecho de él para que fuese el esposo de la Madre de Dios, no sirvió mas que para hacerle todavía mas santo y mas humilde.

§. VI.

Nacimiento de Jesucristo.

Entre tanto la santísima Vírgen se hallaba ya en el noveno mes de su preñez, cuando se publicó un edicto de Augusto César, que ordenaba que se hiciese un empadronamiento exacto de todos los vasallos del imperio, y se estendiese un estado de él. Cirino, que mandaba la Siria, tuvo órden de hacer el de los judíos, porque aunque la Judea no fuese todavía tributaria, ni estuviese puesta en el número de las provincias del imperio, Augusto miraba ya á los judíos como vasallos suyos, y al mismo

rey Herodes se le consideraba como su esclavo. Para evitar la confusion en este padron, se mandó que todas las cabezas de familia fuesen al pueblo de donde era la suya respectiva originaria, á fin de hacerse inscribir allí en los registros públicos, y pagar la capitacion general que se habia impuesto. En todo esto no dirigia las miras de Augusto otra cosa que la avaricia y la ambicion; pero la Providencia divina disponia así las cosas á fin de que viéndose obligados José y María á ir á Belen, viniese al mundo el Mesías en aquella ciudad en la cual debia nacer, segun estaba profetizado.

No pudo menos de ser penoso y lleno de fatigas este viaje para S. José y la santísima Vírgen cercana ya á su parto. Como todos los de la familia de David habian concurrido allí, segun el tenor del edicto, estaban llenas todas las posadas, y esto además del estado pobre de María y de José hizo que fuesen desechados de muchos. No encontrando, pues, en donde hospedarse en la ciudad, se vieron forzados á retirarse á una gruta ó caverna abierta en la roca, contigua á una posada que estaba cerca de las puertas fuera de la ciudad, y que servia de establo á la misma posada. Este fué el lugar que el soberano Señor del cielo y de la tierra escogió para nacer. Todo debia ser estraordinario en el nacimiento de un hombre-Dios. Los príncipes de la tierra, puros hombres como los mas viles de sus vasallos, tienen necesidad de nacer en soberbios palacios á fin de que el esplendor y la magnificencia del lugar realcen la flaqueza natural de su nacimiento, el cual sin esta pompa esterior no tendria nada que le distinguiese del nacimiento del menor de sus vasallos; pero un Dios-hombre no tiene necesidad de un brillo ajeno, él mismo es toda su majestad, toda su gloria; lo mismo valen á sus ojos el trono mas suntuoso que el establo mas despreciable, el palacio mas magnífico que el mas pobre pesebre; parecia, aun, mas conveniente que debiendo nacer en la tierra un hombre-Dios, naciese en un lugar que nada prestase á la idea que debemos tener de su infinita grandeza y de su majestad divina.

En esta gruta, pues, que servia de abrigo á los animales, fué donde la santísima Vírgen, conociendo hácia la media noche que el término de su parto habia llegado, dió á luz á Jesucristo, sin sufrir el menor dolor, y sin dejar de ser la mas pura de las vírgenes: sucedió esto el año 6000 despues de la creacion del mundo; el 2957 despues del diluvio; el 2015 despues del nacimiento de Abraham; el 1510 despues de Moisés, y de la salida de Egipto del pueblo de Israél; el 1032 despues de la uncion y

consagracion de David por rey; la sexagésima quinta semana, segun la profecía de Daniél; en la Olimpiada 194; el año 752 despues de la fundacion de Roma; el 42 del imperio de Octaviano Augusto; gozando todo el universo de una profunda paz, en la sexta edad del mundo, en este dia afortunado, que fué el 25 del mes de diciembre, punto fijo de la era ó época cristiana, nació en Belen Jesucristo, Mesías prometido, Rey, Señor soberano del cielo y de la tierra, Salvador del mundo, nuestro Padre, nuestro Juez, nuestro Redentor, nuestra salud.

Por mas oscuro que fuese, segun el mundo, este nacimiento, sin embargo en la hora fué publicado en el país vecino y en los pueblos mas lejanos. Dios envió á sus ángeles para que anunciasen el nacimiento del Mesías á algunos pastores que en las cercanías de Belen velaban guardando sus rebaños, mientras que hacia aparecer á la vista de los magos del Oriente un nuevo astro que les anunciaba el mismo nacimiento. Un ángel rodeado de resplandores brillantes apareció de repente á los pastores: al principio quedaron absortos; pero el mismo espíritu celestial que les habia asustado con su resplandor, les calmó bien pronto con sus palabras. «Nada temais, les dice, yo no vengo á anunciaros ninguna cosa funesta; soy enviado de Dios para daros una nueva, que debe ser para vosotros y para todo el pueblo motivo de la mas dulce alegría; vengo á deciros, que el Mesías, el Salvador tanto tiempo deseado, y esperado tantos años, acaba de nacer en la ciudad de David; este es el Cristo, vuestro Señor y vuestro Dios, que viene á haceros eternamente felices; le hallareis en un establo, envuelto en pañales y reclinado muy pobremente, por falta de cuna, en un pesebre; estas son las señales que os doy para que le reconozcais y no podais equivocaros: los afectos interiores que os inspirará su presencia, os darán bastante á conocer que el niño á quien vais á rendir vuestros homenajes es vuestro Salvador y vuestro Dios.»

Apenas habia dejado de hablar el ángel, cuando inmediatamente una tropa numerosa de la milicia celestial empezó á cantar las alabanzas de Dios, y á decir en alta voz: «Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres que tienen el corazon recto, y una sincera voluntad de agradarle;» y en el momento desapareció todo aquel concierto de voces y la luz celestial. Entonces aquellos afortunados pastores, trasportados de la mas dulce alegría que puede esperimentarse sobre la tierra: «Vamos, esclamaron, vamos á Belen, y veamos esta maravilla que Dios acaba de obrar, y que se ha dignado manifestarnos.» Fuéronse allá corriendo, y habiendo entrado en el establo, hallaron allí á María y á José con el divino Niño reclinado en un pesebre. Viendo entonces por sus propios ojos todo lo que el ángel les habia dicho, se esplayaron en bendiciones y en alabanzas. El divino Niño atrajo desde luego todas sus miradas, postráronse á sus pies, le adoraron como á su Dios, su Libertador, su Salvador, como al Mesías; sus afectos se esplicaron por sus lágrimas. Recobrados en seguida de su admiracion, contaron de una manera sencilla é ingenua todo lo que les habia sucedido, y vinieron á ser los primeros predicadores, por decirlo así, del Mesías. María quiso saber hasta las menores circunstancias de esta aparicion; informóse de todo, y despues que los pastores se hubieron retirado, no ocupó su espíritu y su corazon mas que de estas maravillas.

Segun la ley de Moisés, los hijos varones debian ser circuncidados ocho dias despues de su nacimiento, conforme al precepto que Dios habia intimado á Abraham, y en esta ceremonia legal era cuando se les daba un nombre. Llegado este dia, aun cuando el Hijo de Dios estuviese verdaderamente dispensado de esta ley, quiso sin embargo someterse á ella; habiéndose encargado de nuestros pecados, quiso tomar las señales de pecador, no obstante que él fuese la inocencia misma. Fué, pues, circuncidado, segun la costumbre, y recibió el nombre de Jesus, que significa *Salud de Dios y Salvador:* nombre adorable que Dios su Padre le habia dado por el ministerio del ángel aun antes que hubiese sido concebido en el seno de su madre; nombre augusto que contiene en compendio todos los misterios de nuestra redencion; nombre divino, que solo en la adorable persona del Salvador del mundo llena toda su verdadera significacion; nombre superior á todo nombre, al cual debe doblar la rodilla todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los infiernos; nombre omnipotente en cuya virtud se han hecho y se hacen los milagros mas brillantes; nombre incomparable, puesto que no hay otro bajo del cielo, en cuya virtud debamos salvarnos. El primer dia de enero fué cuando el Salvador del mundo se sometió á la ley de la circuncision, que puede llamarse el gran misterio de sus humillaciones, la prenda primitiva de nuestra salud, la consumacion de la antigua ley, y como las arras y el sello de la nueva alianza.

No habiéndose esparcido la noticia del nacimiento del Mesías sino sordamente en los alrededores de Belen, á consecuencia de lo que habian publicado los pastores, no habia hecho grande impresion en el ánimo ni aun del simple pueblo, cuando se vieron llegar á Jerusalen los Magos. Eran estos, segun la opinion mas

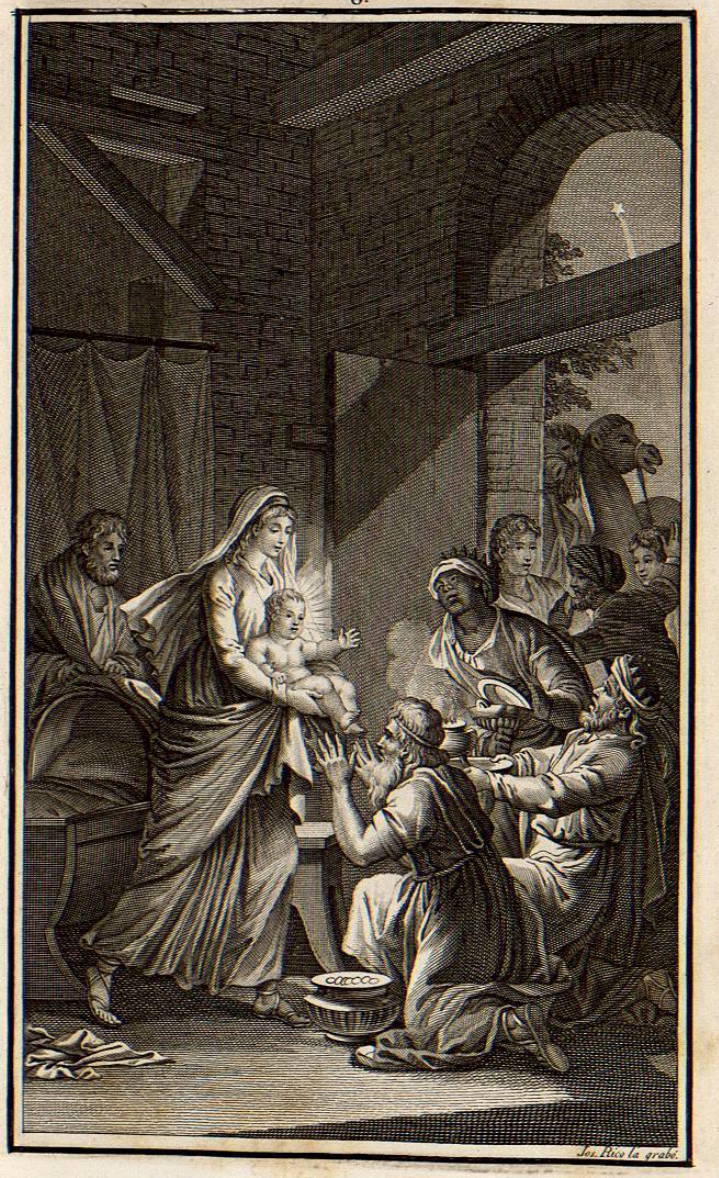
comun, y la mas universalmente recibida en la Iglesia, pequeños soberanos, cuyos estados se hallaban situados hácia el Oriente con respecto á la Judea: el pueblo de su país les respetaba estraordinariamente, y les consideraba como los depositarios de la religion y de las ciencias; ellos se aplicaban sobre todo á la astronomía. Es verosímil que vinieron de la Arabia feliz, la cual habia sido habitada por los hijos que Abraham habia tenido de Cetura, su segunda mujer, y que descendia de Jecthan, padre de Sabá, y de Madian, padre de Epha; en lo cual se cumplió lo que habia predicho el Rey Profeta (salmo 71) cuando hablando del Mesias dijo: que los reyes de Arabia y de Sabá vendrian á ofrecerle presentes como prenda de su fidelidad; y lo mismo habia vaticinado el profeta Isaías, diciendo, que vendrian de Madian, de Epha y de Sabá montados en camellos para rendir homenaje al Mesias, ofreciéndole oro, mirra é incienso.

§. VII.

Vienen los Magos á adorar á Jesucristo.

En el momento, pues, en que el Salvador vino al mundo, y en el instante mismo en que los ángeles anunciaban su nacimiento á los pastores, una nueva estrella milagrosa aparecia en los cielos, para anunciarle á los reyes Magos. Estos príncipes, hábiles en la astronomía, é instruidos de las predicciones del profeta Balaam, del cual se cree que ellos descendian; viendo este nuevo fenómeno, y por otra parte mas ilustrados por una luz interior que por la que brillaba á su vista, no dudaron que esta estrella milagrosa era la que Balaam aseguraba que debia aparecer en el nacimiento del divino Rey de los judíos, el cual naceria para la salud de los hombres. Eran vecinos, y habiéndose comunicado mutuamente los tres lo que pensaban acerca del nuevo fenómeno que aparecia, convinieron en partir todos juntos sin dilacion, é ir á rendir sus homenajes al nuevo rey de los judíos. No bien se hubieron puesto en camino, cuando advirtieron que la estrella les servia de guia: en efecto, ella les condujo derechos á Jerusalen; pero quedaron estrañamente sorprendidos cuando á su llegada á esta capital vieron que la estrella desapareció de su vista. Fuéronse á palacio, y preguntaron donde estaba el nuevo rey de los judíos, al cual venian á adorar, y cuya estrella habian visto. Alarmóse Herodes al saber este acontecimiento de su boca; pero disimulando su sobresalto, hizo venir á palacio en el momento mismo á los sacerdotes, y á

8.



los mas calificados doctores de la ley, y no dudando que un rey cuyo nacimiento anunciaba el cielo fuese el Mesías prometido, tanto mas que se sabia bien que el tiempo de su venida segun el cómputo de las profecías habia llegado, preguntó desde luego Herodes á los doctores reunidos, en dónde debia nacer el Mesías; todos respondieron que debia ser en Belen, segun el vaticinio del profeta Miqueas. Desconfiando, sin embargo, aquel príncipe de la vision de los estranjeros, y temiendo que si se unia á ellos para ir á presentar sus obsequios á un niño, del cual era todavía incierto si seria el verdadero Mesías, no se espusiese á la risa del público, se contentó con decir á los Magos que, segun sus escrituras, el Mesías debia nacer en la pequeña ciudad de Belen, la cual distaba solas dos leguas de Jerusalen, y que les aconsejaba que fuesen allá cuanto antes, y que sin perder tiempo le diesen noticia de lo que supiesen. Mas antes de dejarles partir aquel príncipe falaz y tan cruel como ambicioso, que ya habia formado el designio impío de deshacerse del divino Niño, que debia ser rey si era el Mesías, llamó los Magos reservadamente, les hizo muchas preguntas, les rogó sobre todo le dijesen el tiempo preciso en que habia comenzado á dejarse ver la estrella, y fingiendo una grande ansia por asegurarse del nacimiento del gran Libertador tan esperado de los judíos: «Id, les dijo, á Belen, informaos conforme conviene á vuestra sabiduría de todo lo concerniente á este Niño, y volved cuanto antes, os ruego, para darme noticias de todo, á fin de que yo mismo vaya con toda mi corte á rendirle mis homenajes.»

Luego que los Magos se despidieron de aquel príncipe artificioso, y se pusieron en camino, Dios les volvió su primera guia; la estrella que habia desaparecido de su vista desde que habian entrado en Jerusalen, les apareció de nuevo en el momento que salieron, y les condujo rectamente á Belen. Es fácil comprender cuál fué su gozo cuando volvieron á ver la estrella, que no se paró sino sobre la pobre casa en donde estaba el que buscaban. Entraron en ella, y encontraron allí al que el cielo les habia anunciado. Estaba el niño Jesus en los brazos de su Madre; nada presentaba en lo esterior que le distinguiese de los demás niños; pero la misma luz interior que les habia dado á conocer lo que la estrella significaba, les hizo descubrir fácilmente á través de un esterior débil la augusta majestad y la suprema dignidad de este Dios hecho hombre. Llenos de una fe viva se postraron todos tres delante de él, y le adoraron como á Señor soberano del universo y Salvador de los hombres; y como era costumbre del país el no presentarse jamás delante de los grandes con las

manos vacías, le ofrecieron lo mas precioso que habia en sus provincias, el oro, el incienso y la mirra: presentes misteriosos, que no solo verificaban á la letra lo que los profetas habian vaticinado del Salvador, sino que tambien daban á conocer misteriosamente la majestad suprema, la divinidad adorable y la sagrada humanidad de Jesucristo. De este modo el Salvador divino que no habia venido solamente por la salud de los judíos, sino tambien por la de los gentiles, despues de haber manifestado por la aparicion hecha á los pastores la predileccion con que habia mirado á la sinagoga, quiso por la vocacion y la adoracion de los reyes Magos santificar las primicias de la gentilidad.

Entre tanto, cuando los santos reyes pensaban volverse por Jerusalen, un ángel enviado de Dios les advirtió, durante el sueño, que tomasen otro camino, y se guardasen bien de volver por donde estaba el tirano, cuya astucia y perversos designios les descubrió. El parecer mas comun entre los santos Padres es que los Magos llegaron á Belen el dia trece despues del nacimiento del Salvador del mundo. No se necesita mas tiempo para venir desde la Arabia; y además es cierto que no le hubiesen encontrado si hubiesen llegado mas tarde.

Viendo el impío Herodes que no volvian aquellos príncipes estranjeros, creyó que no habiendo encontrado al pretendido rey á quien habian venido á adorar, habian tenido reparo de presentarse en la corte para no pasar la plaza de visionarios, y que é se hubiese gloriado de no haberles acompañado; hubiera sin duda perseverado en esta creencia, si las maravillas que sucedieron pocos dias despues no le hubiesen desengañado.

La santísima Vírgen y S. José que habian observado tan puntualmente el precepto de la circuncision, no fueron menos fieles en observar otros dos mandamientos de la ley, de los cuales el uno tocaba á las madres en un cierto número de dias despues de su parto, y el otro á los hijos primogénitos: el primero ordenaba que las mujeres permaneciesen cuarenta dias despues de su parto sin entrar en el templo, si habian dado á luz un varon, y ochenta si era hembra; que pasados estos dias fuesen al templo, y allí ofreciesen un cordero y una tórtola ó un pichon para dar gracias á Dios por su feliz alumbramiento, y por medio de esta oblacion la madre quedaba libre de toda impureza legal; que si era pobre, ofreciese solo una tórtola ó un pichon en lugar de un cordero, y habiéndolo ofrecido el sacerdote delante del Señor, quedaba purificada.

El segundo precepto miraba al hijo primogénito, el cual estaban obligados los padres á ofrecerle y consagrarle al Señor, ó rescatarle á precio de dinero, si no era de la tribu de Leví, única destinada al servicio del altar y del templo. Todo varon que naciese el primero, se tendrá como cosa consagrada al Señor, dice la ley. Dios habia intimado este mandamiento á los israelitas despues que hubo hecho morir á los primogénitos de Egipto para forzar á Faraon á que dejase en libertad al pueblo judío, y este precepto se les habia impuesto para que nunca olvidasen este insigne beneficio; y porque todo lo que estaba consagrado al Señor debia serle inmolado, se contentaba Dios con que se le ofreciesen en sacrificio los primogénitos de los animales, y que se rescatasen á precio de dinero los hijos que no estaban destinados al servicio del templo.

Es indudable que la ley de la purificacion no hablaba con la santísima Vírgen, supuesto que se habia hecho madre, y habia parido sin dejar de ser vírgen; sin embargo por mas humillante que fuese esta ley á la mas pura de las vírgenes, quiso someterse á ella; como su Hijo, que era la inocencia misma, se habia libremente sometido á la ley humillante de la circuncision.

§. VIII.

La purificacion de la santísima Vírgen despues de su parto, ó la presentacion de Jesus en el templo de Jerusalen.

Cumplidos, pues, los cuarenta dias, fué María á Jerusalen, y llevando á su Hijo en los brazos, entró en el templo, ofreció al Señor dos pichones, como lo mandaba la ley á las pobres, en cuya clase se colocó la santísima Vírgen. Es verdad, dicen los Padres, que teniendo la ventaja de presentar á Dios en la persona de su Hijo el cordero sin mancha, no hubiera sido conveniente ofrecer á un tiempo el cordero, que era una simple figura y la realidad. Sin embargo, era necesario rescatar á precio de dinero, segun la ley, al que habia venido para rescatar al mundo, y María dió cinco siclos que hacen cerca de cinco ó seis libras de nuestra moneda. Toda esta ceremonia legal no fué, por decirlo así, mas que la corteza del misterio; el sacrificio del Hijo y de la Madre era todo interior: el Salvador se ofrecia al sacrificio de la cruz, y se ofrecia por las manos de su Madre, como para dar á entender que no habiendo querido hacerse hombre sin el consentimiento de su Madre, no queria tampoco ofrecerse en sacrificio sobre la cruz por la salud de los hombres sin el mismo consentimiento. Echanse de ver tambien en una sola ceremonia dos sacrificios que la Madre de Dios hizo en este dia: el primero

como vírgen por su purificacion legal; el segundo como madre por la presentacion de su hijo, que desde entonces se obligaba á morir en la cruz por nuestra salvacion.

Apenas la santísima Vírgen con su hijo Jesus en sus brazos habia entrado en el templo, cuando llegó tambien allí un venerable viejo, llamado Simeon: era este un hombre santo que suspiraba mucho tiempo habia por la venida del Redentor: el Espíritu Santo, del cual estaba lleno, le habia dado una secreta seguridad de que veria antes de su muerte al Mesías; y el mismo Espíritu Santo fué tambien el que habiéndole conducido al templo le reveló que el niño que veia en los brazos de aquella jóven era el Salvador. Poseido entonces el santo viejo de un trasporte de gozo y de amor acompañado de un afecto del mas vivo reconocimiento, tomando al Niño en sus brazos y levantando los ojos al cielo, esclamó: «Ahora, Señor, podeis ya disponer de vuestro siervo; yo moriré en paz, segun la promesa que me habeis hecho. Nada tengo ya que desear, y mis ojos nada tienen que ver ya sobre la tierra, despues de haber visto al Salvador del universo. Vos le habeis destinado para que esté espuesto á la vista de todos los pueblos, como objeto de su respeto y de su amor. El debe ser la luz de las naciones, y la gloria de Israel vuestro pueblo.» Hallábanse profundamente admirados José y María viendo lo que pasaba, cuando dirigiéndose á ellos el santo anciano les felicitó por la dicha que les cabia en tener por hijo al Salvador del mundo, les bendijo, y dijo á María su madre que aunque este divino Niño no hubiese venido al mundo sino por la salvacion de todos los hombres, muchos por su propia culpa no se aprovecharian del beneficio de la redencion, y que en lugar de un Salvador benéfico no hallarian en él mas que un juez severo: que léjos de ser recibido con honor por aquellos que le habian deseado con tanta ansia, vendria á ser el objeto de su odio mortal: que seria contradicho, maltratado, perseguido; así que, prosiguió, por mas que seais la mas dichosa de todas las madres, sereis tambien la mas afligida; tendreis parte en sus dolores; los ultrajes que se harán á vuestro amado Hijo serán para vos otras tantas heridas, que se clavarán en vuestro seno; vos le ofreceis hoy á Dios como una víctima que debe inmolarse un dia por la salud del mundo; vos tendreis buena parte en este duro sacrificio, y todo lo que él sufrirá en su cuerpo, lo sufrireis en vuestro corazon.

Vino tambien allí al mismo tiempo una santa viuda, llamada Ana, de edad de ochenta y cuatro años, la cual tenia el don de profecía, y empleaba la mayor parte del tiempo en el templo, pasando sus dias en el ayuno y en la oracion, derramando dia y noche su corazon en la presencia de Dios. Viendo al niño Jesus, conoció quien era en virtud de la misma luz interior que le habia dado á conocer á Simeon; esplayóse inmediatamente en alabanzas sobre el divino Niño y en acciones de gracias al Señor, por la que hacia al mundo dándole al fin un Salvador en su persona, y no cesó de hablar de la maravilla que habia visto á todos los que como ella esperaban la redencion de Israel.

Habiendo satisfecho ya la santísima Vírgen y S. José á todo lo que estaba mandado por la ley, volvieron á Nazareth, que era el lugar de su morada; no permanecieron allí mucho tiempo. Las persecuciones contra este divino Salvador anunciadas por el santo viejo no tardaron en verificarse: estendióse muy pronto por Jerusalen todo lo que acababa de suceder en el templo; en todas partes no se hablaba mas que de las predicciones que al parecer no convenian mas que al Mesías. Este rumor llegó hasta la corte; conmovióse Herodes, y ajustando lo que acababa de suceder con lo que habia sabido de los Magos, no dudó que aquellos estranjeros le habian chasqueado. Encendióse entonces toda su crueldad, y alarmada furiosamente su ambicion viendo frustrado su primer designio, le hizo tomar sobre la marcha la bárbara resolucion de hacer degollar todos los niños de dos años abajo, seguro de que en esta carnicería general no dejaria de envolver al que únicamente hacia el motivo de su temor; pero ¿qué puede toda la industria contra los designios de Dios?

El ángel del Señor avisó en sueños á S. José del bárbaro designio de aquel impío rey, y le ordenó que, sin perder tiempo, tomase á la Madre y el Hijo y se retirase precipitadamente á Egipto, en donde permaneceria hasta que recibiese órden de volver. No deliberó José un momento; partió en la misma noche, y habitó con el niño Jesus y su Madre en aquella tierra estranjera hasta despues de la muerte del tirano. Perfectamente instruidos del misterio la santísima Vírgen y S. José no les sorprendió esta huida; estaban bien preparados para todo género de acontecimientos.

La antigua tradicion de los griegos, aprobada por S. Atanasio y Sozomeno, dice que en el momento que el Salvador entró en Egipto todos los ídolos del país fueron derribados y quedaron mudos, sin que se supiese entonces la causa de este accidente. Créese que la santa familia hizo alto en la ciudad de Hermópolis, y se muestra todavía hoy entre el Cairo y Heliópolis un sitio llamado Mátara, en donde hay una fuente en la cual se pretende haber lavado la santísima Vírgen los pañales que servian al niño

Jesus, y este sitio es mirado el dia de hoy con singular veneracion por los cristianos y aun por los infieles.

El retiro del Salvador y su estancia en Egipto santificaron aquella venturosa region, la cual llegó á ser en lo sucesivo la mansion de los santos, y el retiro de tantos millares de ilustres anacoretas.

§. IX.

La huida del Salvador á Egipto, y degollacion de los santos Inocentes

Apenas el niño Jesus habia llegado á Egipto, cuando Herodes conducido por la barbarie mas horrible que ocurrió jamás á la mente de un tirano, hizo degollar sin piedad en Belen y en todo el país del contorno todos los niños varones de dos años de edad abajo. Pensando Herodes que la estrella habia podido no aparecer hasta algun tiempo despues del nacimiento del infante Jesus, resolvió que pereciese todo lo que habia nacido cerca de dos años antes de la aparicion de la estrella, creyendo por este medio destruir al que los Magos habian venido á adorar. El sabio Salmeron dice que el número de estas víctimas inocentes, inmoladas en honor del Salvador recien nacido, fueron cerca de catorce mil. No sobrevivió mucho tiempo el tirano á esta cruel carnicería. La sangre de todos estos santos Inocentes humeaba todavía cuando Herodes se sintió acometido de una enfermedad, hasta entonces inaudita: salia de su cuerpo un hormiguero innumerable de gusanos que alimentándose de su carne reducida á la putrefaccion le devoraban con sus mordeduras: era tan insoportable el hedor que exhalaba, que no pudiendo ya sufrirse á sí mismo, quiso muchas veces quitarse la vida para librarse de sus dolores. Un calor lento, que apenas aparecia en lo esterior, dice Josefo, le abrasaba y le devoraba interiormente; tenia un hambre tan violenta que nada podia satisfacerle; sus intestinos estaban llenos de úlceras, que le causaban cólicos tan violentos, y estos cólicos dolores tan horribles, que jamás criminal alguno sufrió un suplicio tan cruel; todo su cuerpo, hasta su rostro, hormigueaba de gusanos, y esta corrupcion general exhalaba un olor tan fétido que era imposible acercársele. Así, despues de haber sido comido en vida de gusanos, aquel príncipe tan cruel como impío murió como desesperado uno ó dos meses despues de la carnicería de los santos Inocentes, habiendo caido enfermo el mismo dia en que dió la órden para el horrible asesinato.

12